

AGUSTÍN DE HIPONA

COMENTARIO
A LA PRIMERA CARTA
DE SAN JUAN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2002

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujeron Teodoro H. Martín y José María Hernández
sobre el original latino *Tractatus in Epistolam Joannis ad Parthos*
Introducción de Teodoro H. Martín

© Ediciones Sígueme S.A., 2002
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1470-X
Depósito legal: S.
Impreso en España / UE
Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos
Imprime Gráficas Varona
Polígono El Montalvo, Salamanca 2002

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
<i>Cronología de la vida de Agustín de Hipona</i>	17
<i>Bibliografía breve</i>	19

COMENTARIO A LA PRIMERA CARTA DE SAN JUAN

Primer tratado	25
Segundo tratado	45
Tercer tratado	63
Cuarto tratado	79
Quinto tratado	93
Sexto tratado	107
Séptimo tratado	127
Octavo tratado	139
Noveno tratado	157
Décimo tratado	173
<i>Índice general</i>	189

INTRODUCCIÓN

«Esta Carta es sobre todo un elogio de la caridad»

AGUSTÍN DE HIPONA

1. *Composición y estilo*

Es fácil suponer el entusiasmo con que la predicó san Agustín a sus fieles en la catedral de Hipona entre las fiestas de resurrección y pentecostés del año 407¹. No existía un texto previamente escrito. Por eso, el que nos ha llegado es obra de los taquígrafos que había entre los oyentes. La predicación viva y directa de Agustín provocaba aplausos en el templo. Tenía entonces sesenta y un años y andaba atareado en dos de sus obras mayores: *La ciudad de Dios (De civitate Dei)* y *Sobre la Trinidad (De Trinitate)*. Pues bien, los capítulos VIII y IX de esta última obra, que constituyen un filón de teología y filosofía del amor, son incorporados por Agustín en su *Comentario a la primera Carta de san Juan*.

Agustín se encontraba ante dos personajes que habían derivado hacia la herejía: Pelagio y Donato. Pelagio no le parecía peligroso para la Iglesia de Hipona, pero sí Donato. Sus seguidores, los donatistas, afirmaban que no eran válidos los sacramentos administrados por ministros en pecado. Además, eran agresivos contra quienes no compartían sus enseñanzas. Separa-

1. Gracias a los estudios paralelos de A. M. la Bonnardière, *Recherches de chronologie augustinienne*, Paris 1965, 19-62, y de M. F. Berrouard, *La date de Tractatus I-LIV in Johannis Evangelium de St. Augustin: Recherches Augustiniennes* VII, 107-119, se han determinado con precisión la fecha y circunstancias de la obra. Se sitúa en el año 407 y no en 415, fecha que se admitía normalmente debido a los trabajos de Le Landais.

dos de la Iglesia católica, promovieron disturbios y enfrentamientos que provocaron la intervención del emperador Honorio. Agustín los califica de «anticristos»² y defiende, frente a ellos, la unidad y universalidad de la Iglesia. Ante esta situación, se fija en la primera Carta de Juan. En ella se habla esencialmente de la caridad fraterna, aunque sin olvidarse del amor a Dios: «Tal como lo presenta el Apóstol, el amor fraterno incluye el amor de Dios»³.

El *Comentario a la primera Carta de san Juan* consta de diez tratados en forma de homilías. San Agustín habla a sus feligreses con un estilo dialogante; quiere que sus ideas se graben en la memoria de los suyos y por ello no se cansa de repetírselas. El desarrollo de los temas no sigue una lógica rigurosa, más bien yuxtapone las ideas y pasa emotivamente de unas a otras según se refleje en ellas el pensamiento central. «El santo es fiel a la letra de las Escrituras, pero todavía más a su espíritu. No pretende hacer una obra original. Lo único que busca es entender con ayuda del Espíritu santo la Escritura sagrada, leerla interiormente. En el plan del *Comentario a la primera Carta de san Juan* encontramos los dos grandes temas joánicos: la luz y el amor, que brotan de la encarnación»⁴.

Participar en la luz supone romper con el pecado, cumplir los mandamientos, no dejarse llevar por el mundo, combatir el mal y hacer frente a los anticristos. Participar en el amor es crecer conforme a la imagen y semejanza con que Dios nos creó. Nos ejercitamos en el amor fraterno y concluimos gozándonos en el juicio del Señor, porque el amor a Dios expulsa de nosotros toda clase de temor.

Al avanzar en la lectura de esta obra, observamos cómo van disminuyendo poco a poco los textos bíblicos y se va prolongando el comentario. Parece que eso se debe a las siguientes razones:

2. Dice Agustín: «Si estamos unidos, ¿por qué hay dos altares en esta ciudad?, ¿por qué las casas están divididas..., por qué Cristo está dividido?».

3. Cf. D. Dideberg, *Saint Augustin*, Paris 1975, préface III.

4. P. Agaësse, *Commentaire de la Première Épître de Saint Jean* (Sources Chrétiennes 75), Paris 1994, 19.

1. Para los días en que se pronunciaron las diez homilias o sermones, había fijados de antemano determinados textos litúrgicos. San Agustín los incorpora a modo de exordios, que a veces son demasiado extensos y desproporcionados, como el del segundo tratado.
2. El método exegético de Agustín trata de aclarar un pasaje con otro paralelo y a veces oponiendo textos aparentemente contrapuestos: cómo un mandamiento nuevo puede ser a la vez antiguo; todos somos pecadores, pero el que ha nacido de Dios no peca; el amor es de Dios y Dios es amor; el amor a los hermanos y el amor a los enemigos; amor que arroja fuera el temor y el temor que permanece para siempre⁵. Mediante el contraste se gana en atención y se aclaran las ideas llegando a una sola verdad, puesto que uno solo, el Espíritu santo, es el autor principal de la sagrada Escritura.
3. Agustín trata de enseñar y defender la fe católica frente a los donatistas, que condicionaban la validez del bautismo a la santidad de los ministros y negaban la unidad y universalidad de la Iglesia. Según ellos, Cristo es sólo Señor de las Iglesias africanas y no de la Iglesia católica. En el *Comentario* abundan las alusiones a los errores donatistas⁶. Juan se limita a decir de los herejes: «Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros» (1 Jn 2, 19). Agustín, en cambio, trata ampliamente el tema y considera que su estudio sobre la caridad es la mejor réplica a la violencia y los desórdenes sociales de los donatistas.
4. En este clima de violencia los católicos reaccionaron con odio y deseos de venganza. De ahí la introducción del tema del amor a los enemigos, que no estaba previsto tocar, porque Agustín se iba a limitar al amor fraterno de que habla siempre Juan. Dios nos amó gratuitamente y nos amó primero, y nosotros debemos amar gratuitamente. Sólo así

5. Cf. I, 10; IV, 12; VII, 6; VIII, 4, 10-11; IX, 5.

6. Cf. I, 8, 12-13; III, 5-10; VI, 2, 12-14; VII, 11; VIII, 3; X, 8, 10.

será posible restaurar la unidad de la Iglesia y superar la lucha entre donatistas y católicos, que duraba ya más de cien años⁷.

2. Ideas claves

1. *Dios es amor*. Es la columna vertebral del *Comentario*. Es como un nuevo descubrimiento que hace Agustín veinte años después de su conversión⁸. El ser de Dios es amor, su palabra es amor transformante de valor incalculable⁹. Sin embargo, en su *Comentario*, Agustín no se queda en la mera contemplación de la Trinidad de personas y su unidad de esencia. Porque Dios está presente en el hombre. El amor con que amo a mi hermano es Dios mismo: «Fijaos bien que obrar contra el amor es obrar contra Dios. Que nadie diga: ‘Cuando no amo a mi hermano, pecco contra el hombre. Que quede claro: pecar contra el hombre tiene poca importancia; Dios es el único contra el que no puedo pecar’. ¿Es que puedes pecar contra el amor y no pecar contra Dios? Dios es amor»¹⁰. Vivir el amor fraterno es vivir la Trinidad en el alma: «Vivir el amor fraterno es conocer a Dios y morar en él»¹¹. El amor es un reflejo de la Trinidad: «Por el amor ves la Trinidad»¹².

2. *El amor fraterno une al hombre con Dios*. A primera vista sólo une al hombre con el hombre, pero en realidad une al hombre con Dios, porque Dios es amor. Por eso el amor al prójimo es mucho más profundo e interior que el hermano a quien amamos. El amor sustancial y el amor personal, la dimensión absoluta y la relación personal, la unidad y la alteridad se armonizan en Dios, se implican y se suponen sin contradicción. Dios esencia y persona no podría ser un Dios único si no fuera Trinidad. Sólo en

7. Cf. Prólogo y VII, 1; V, 4; VIII, 14.

8. Cf. G. Hultgren, *Le comandement d'amour chez saint Augustin*, Paris 1975, 52.

9. Cf. VII, 4; VIII, 14; IX, 1.

10. VII, 5;

11. VIII, 4.

12. «Vides Trinitatem si caritatem vides», *De Trinitate* VIII, 8, 12.

Dios el movimiento hacia el otro y la perfecta inmanencia se dan en plenitud. Esta perspectiva trinitaria del *Comentario*, fundamento del amor, no corresponde literalmente al texto de la carta. Se aporta para justificar el precepto del amor: «La razón del precepto es el amor, y Dios es amor». Este amor se atribuye al Espíritu santo¹³.

3. *Dios ama al hombre gratuitamente*. Este amor se refleja básicamente en el misterio de la encarnación. Es un amor que se caracteriza por su gratuidad. El amor de Dios al hombre es plenitud desbordante, gratuidad creadora. En cambio, el amor del hombre es esencialmente indigente. Además, el amor de Dios no consiste en que Dios nos da algo, sino en que se nos da a sí mismo. La muerte en la cruz, que tiene lugar en la encarnación, es la prueba suprema del amor de Dios, pues no hay amor más grande que dar la vida por los amigos. «Dios se hizo carne para poder morir por nosotros»¹⁴. No basta con creer en la encarnación. Hay que demostrarlo viviendo el amor-caridad con que Cristo nos amó¹⁵. El amor sustancial, que une al Padre que entrega al Hijo y al Hijo que se entrega a sí mismo, es el Espíritu santo que ha sido derramado en nuestros corazones.

4. *El amor de Dios nos hace semejantes a él*. Dios nos amó cuando aún éramos pecadores y nos transformó. Dios no nos justifica haciendo como si no viera el pecado, sino comunicándonos su amor, su vida, su esencia. Así nos hace semejantes a él, «nos da poder para amarle»¹⁶. Es muy gráfico el ejemplo del escultor que pone Agustín para explicarnos la gratuidad del amor de Dios. El escultor toma en el bosque un tronco de madera en bruto. Le gusta y lo quiere no por lo que es en sí, sino por la imagen que proyecta esculpir en él¹⁷. El amor de Dios al hombre es, pues, lo decisivo. San Agustín se maravilla de este amor: «No seáis desagracedidos con la inmensa gracia de aquel que, teniendo un Hijo único, no ha querido que fuera solo él su hijo, sino que, para que

13. Cf. *De Trinitate* XV, 23, 43.

14. VI, 13.

15. Cf. VI, 3.

16. Cf. IX, 9, 10.

17. Cf. VIII, 10.

tuviera hermanos, ha adoptado a otros que puedan poseer con él la vida eterna»¹⁸. Somos por gracia lo que él es por naturaleza. El Padre nos asocia a su Hijo y nos hace semejantes a él porque nos ama. Y, al amarnos, nos da su propia vida.

5. *El amor a Dios y el amor al hermano se implican mutuamente*¹⁹. Para san Agustín, el amor a Dios no es una virtud sobrenatural y teologal, mientras que el amor al hermano se reduce a simple virtud natural y moral. En su *Comentario a la primera Carta de san Juan* no ve ni ruptura ni discontinuidad entre ambos amores, puesto que ambos proceden de una misma raíz. Que el amor a Dios está implicado en el amor fraterno lo certifica, a su juicio, esta afirmación de Juan: «El que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4, 20). Conocemos a Dios en el amor con que amamos al hermano. Conocemos a Dios antes como sujeto «más interior a nosotros que nosotros mismos»²⁰ que como objeto de nuestro amor. Por consiguiente, el amor fraterno nos une con Dios, aunque su objeto inmediato sean los hombres. Y nos proporciona nuestra propia identidad: «Cada uno es lo que es su amor»²¹.

6. *El amor es una semilla que crece*. Pero «Dios es quien da el crecimiento»²². Y, cuanto más crece el amor, menor es el temor: «A más amor, menos temor; a menos amor, más temor»²³. Y añade a continuación: «Cuando se cose algo, vemos que la aguja introduce el hilo. Primero entra la aguja, y hasta que esta no sale, no entra el hilo. Pues lo mismo pasa con el temor. Él es el que primero ocupa la mente, pero no permanece en ella porque ha entrado justamente para introducir el amor». Este temor es para Agustín un temor casto o santo, que se distingue totalmente del temor servil, incompatible con el amor.

Al principio, el amor es imperfecto. Sólo poco a poco aprendemos a amar como Dios ama. Y él mismo nos lo enseña por me-

18. VIII, 14.

19. Cf. *De Trinitate* VIII, 7, 10.

20. V, 7.

21. II, 14.

22. III, 13.

23. IX, 4.

dio de la prueba, que unas veces acaba en fracaso, como en Adán, y otras en éxito, como en Job. Tal aprendizaje llega a su culmen en el amor-caridad, por el que el alma se dilata hasta amar al enemigo. El amor-caridad, su crecimiento, purificación y perfección son la escala por la cual el alma se transforma gradualmente en la unión con Dios.

7. *El amor-caridad es la plenitud de la ley.* San Agustín afirma que, sin el amor-caridad, de nada valdrían las demás virtudes²⁴. Por tanto, en él se resumen los mandamientos y a su luz podemos valorar las obras y las virtudes: «El amor es esa perla preciosa que, si no la tienes, de nada te sirve todo lo demás que tengas; y si es lo único que tienes, con eso te basta»²⁵. Ahora bien, que la Ley se resuma en el amor-caridad no significa que no haya que cumplir los demás mandamientos. Hay que cumplirlos, pero el amor-caridad es el alma de toda obra buena. Él es quien determina la intención y permite juzgar el valor de la acción. Por eso san Agustín puede decir: «Ama y haz lo que quieras»²⁶. Porque si amas a Dios de corazón, no puedes menos de obrar bien. No estamos, pues, ante un laxismo, sino ante una profundización del rigor y exigencia de la caridad. Y añade inmediatamente: «Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que en el fondo de tu corazón esté la raíz del amor, pues de esta raíz lo único que puede salir son cosas buenas».

8. *El amor es prioritario en la Iglesia.* La Iglesia católica no es el resultado del amor fraterno de los cristianos. Es, sobre todo, fuente de amor por nacer del amor de Dios a los hombres. Cada cristiano contribuye a extender, acrecentar y unir a la Iglesia, que es raíz y comunión espiritual, no por iniciativa de los cristianos ya santificados, sino de Cristo, el Verbo encarnado. Él nos congrega, nos une consigo y hace que nos unamos entre nosotros. La Iglesia es, pues, signo de la primacía del amor que Dios nos tiene.

La Iglesia es católica no porque haya cristianos en todas las naciones, sino porque toda la humanidad está injertada en Cris-

24. Cf. VI, 2; VIII, 9.

25. V, 7.

26. VII, 8.

to. La Iglesia es una no porque todos los pueblos vengan a ella, sino porque el don de Cristo se extiende a todos los pueblos. Cristo se desposa con la humanidad en el seno de la Virgen. En ella Cristo, el Esposo, tiene por esposa a toda la humanidad: «La Iglesia entera es la Esposa de Cristo, porque tanto su origen como sus primicias son la carne de Cristo y en ella es donde la Esposa se une al Esposo en la carne»²⁷. Por tanto, todo cristiano está presente en la Iglesia entera y la Iglesia entera está presente en cada cristiano.

9. *La Iglesia es el cuerpo de Cristo*. Este símbolo subraya la relación que existe entre Cristo, cabeza del cuerpo, y los cristianos, miembros del mismo. En el segundo tratado, Agustín dice que es imposible amar a Dios sin amar a los hermanos. Más aún, no podemos amar a los hermanos sin amar al Amor que nos los hace amar, es decir, a Dios.

Cristo subió al cielo, pero sigue en la tierra identificado con los que pasan hambre y sed. No podemos amar al Hijo si no amamos a los hijos de Dios. Agustín pone en labios de Jesús estas palabras: «He subido al cielo, pero aún sigo en la tierra. Aquí estoy sentado a la derecha del Padre, pero allí sigo teniendo hambre y sed y sigo siendo peregrino»²⁸. Palabras que evidencian el error de los donatistas y de quienes, incluso hoy, pretenden separar el amor a Dios del amor al prójimo. Normalmente consideramos a Cristo como objeto del amor cristiano. Agustín nos enseña a considerarlo como sujeto del amor con que él mismo se ama. Cristo es sujeto del amor de los hermanos, y Cristo se identifica con el hermano, objeto de su amor. Uno solo es el que ama y uno solo es el amado. Cristianos que aman con Cristo que ama. Cristianos amados con Cristo amado. Es el misterio del Cristo total. Por tanto, la conclusión no puede ser sino esta: amemos a todos los hombres. Es evidente, pues, que tanto la primera Carta de san Juan como el *Comentario* de san Agustín son «un elogio de la caridad» (Prólogo).

27. II, 2.

28. X, 9.